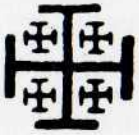


«LAS SIETE PALABRAS DE JESUS EN LA CRUZ»

Jesús Arraiza Frauca

Catedral de Pamplona
Viernes Santo
1 de Abril de 1983

Hace 1950 años Cristo moría en la Cruz. Su aniversario lo celebramos en jubileo de redención. Desde entonces, la muerte de Cristo lo llena todo: todo el tiempo compuesto de siglos y de horas, todo el mundo visible sembrado de patrias y de pueblos. Sencillamente, porque Cristo en su muerte lo asume todo. Y al asumirlo lo transforma. Transforma la muerte en vida, el misterio en luz. Asume al hombre y lo transforma, de siervo en hermano, de alejado en próximo, de caminante solitario en compañero de camino por las sendas de la salvación.

La muerte de Cristo lo llena todo. Por éso el pueblo cristiano la celebra con veneración admirada, con devoción, con tradición. El mediodía del Viernes Santo suele ser luminaria encendida para los hombres de fe. Las palabras de Cristo en la Cruz son escuchadas año tras año, en repetición sabida, en descubrimiento de novedades actuales. El pueblo es consciente de que las palabras de Cristo, las siete últimas, son testamento; y le gusta recordarlas, releerlas, volverlas a escuchar. El pueblo intuye que la Palabra se hizo carne y hoy se hace vida en quien la recibe.

Siete palabras de Cristo en la Cruz. El pasado, el presente y el futuro se hacen vida en ellas. Son el saludo a la muerte y la llamada a la vida. La muerte de Cristo lo llena todo; la vida que de su muerte nace todo lo llena.

Por éso, el pueblo, nuestro pueblo, acude a la Catedral a escucharlas. Quien, una palabra; quien, varias; los menos, todas. Flujo y reflujo de fieles que rezan en viernes santo y cumplen con la tradición. Y año tras año, las limpias notas de Dubois, y el «trueno orquestal», y Santa María velada, y el recuerdo del tagot. Por eso la Hermandad de la Pasión y las Damas de la Soledad y los Caballeros de la Cruz.

Recuerdo que de niño, junto a mi madre, vivía emociones de viernes santo, más que por las «palabras», por el ambiente que se hace tacto de humanidad frágil y olfato de cera en las naves de la catedral. Recuerdo que me emocionaba, junto a mi madre, al escuchar las «siete palabras» en la catedral, unas, y otras en mi casa de la Navarrería, donde la campana María habla como amiga y la torre metropolitana es sombra tranquila.

Las «siete palabras» siguen diciéndose y cantándose, como sigue la Cruz en que Cristo continúa muriendo y llenándolo todo.

Pasado mañana, domingo de Pascua, a la amanecida, el «encuentro»; Hijo y Madre cantarán la resurrección y la vida nueva. Será Pascua en la Catedral.

Viernes Santo. Primero de Abril. 1983
Jesús Arraiza

Cristo de Cataláin (s. XIII).

Primera palabra

«Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen»

(Lucas, 23, 34)

A lo largo y ancho de su caminar por los senderos bíblicos, Jesús dispuso de los púlpitos más variados para decir su palabra de salvación a todos los hombres.

Púlpito fue la barca de Pedro sobre las aguas azules del Tiberíades; púlpito la Sinagoga familiar de Nazareth; púlpito la puerta de Oro del Templo, el pozo de Jacob en Samaria, el Tabor y el monte de las Bienaventuranzas; fueron púlpitos la casa de Lázaro, Marta y María, el Cenáculo, las orillas del Jordán, las calles tortuosas de Jerusalén... Todos los rincones de su tierra le han parecido apropiados para decir sus palabras de vida.

Todos... hasta que ha llegado el momento en que el mundo debe recibir su testamento, su mensaje del «adiós». En este momento cumbre, no se contenta con un púlpito cualquiera; quiere uno especial y sublime, que pueda ser recordado, como sus palabras, a través de las gentes y de los siglos. El lo ha elegido y, por orden de Pilato, se lo han atribuido. Lo ha echado sobre sus espaldas y lo ha traído al Gólgota, a trompicones, con majestad humillada. ¡Predicador, llevando su púlpito de la Cruz en la última jornada de sus horas mortales!

Aquí, en el Calvario, se ha puesto en manos de sus sicarios. Sus manos encallecidas de obrero carpintero, manos cansadas de bendecir, de dibujar alegrías en los cabellos de los niños, manos que han calmado la tempestad y han acogido la primera Eucaristía. Sus manos... y sus pies, desnudos de sandalias gastadas, han sido cosidos con cuatro clavos. Ya está Cristo en su Cruz. Es elevada lentamente. Con golpe seco penetra en el agujero excavado para recibirla.

Ya se muestra Jesús en su púlpito postrero, Señor de la creación y de la vida, preparado para decir a todo ser creado su última palabra de redención. La Cruz, en sí misma, es ya un sermón, discurso u homilía. La Cruz es, por sí misma, palabra enriquecida con la Palabra de vida eterna, que nos va a decir sus últimas palabras en testamento.

Cristo mueve sus labios, en esfuerzo de sequedades y dolores: **«Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».**

El ha enseñado lo que deben hacer. Pero, ¿cuántos lo saben? Incluso los suyos, los que le han acompañado día y noche, los que han recibido todas sus enseñanzas, los que se han hecho íntimos en todas sus confidencias, los que han vivido su amistad y absorbido todos sus gestos; los que saben que Jesús es el Cristo... han huido y, con ello, demostrado que no saben lo que hacen.

Mucho menos lo saben los fariseos, temerosos de perder su ascendiente sobre el pueblo; o los doctores tan aferrados a sus privilegios; o los ricos, apegados a sus riquezas; o Pilato, temblando por sus privilegios romanos. Si ellos no lo saben, ¿cómo lo van a saber los sencillos judíos engañados por el Sanedrín o estos pobres soldados lejanos de su patria latina y obedientes a sus jefes?

No saben lo que hacen. Algunos sí, saben lo que hacen, pues conocen la Escritura. Pero... ¡Es tan incómodo y comprometido saber y seguir los postulados de la verdad en actitud responsable! ¡Es tan fácil acogerse al condicionado de Cristo, «no saben», y recibir su perdón!

———

Es tan fácil, hoy, acogerse a ignorancias para eludir responsabilidades!

Porque la escena se traslada al hoy y al aquí, cuando Cristo sigue siendo crucificado, y un gran número de cristianos viven en la indolencia del dejarse llevar, sin percatarse de las obligaciones, religiosas y humanas, que como hombres-hijos de Dios tienen contraídas.

Es tan fácil para ti, cristiano, decir que ignoras la forma de educar a tus hijos y eludir así el esfuerzo y atención constantes que te exige el ser auténtico padre de familia, no solamente a la hora de procrear, sino también a la de ser guía, luz y ejemplo de tus hijos; es tan fácil aducir ignorancia de tus deberes cívicos, para eludir tus obligaciones sociales, laborales o políticas; es tan fácil, por ejemplo, solicitar la Formación Religiosa en la escuela y desentenderse de si la dan, cómo la dan o si la niegan a tus hijos; o enviarlos a recibir la educación en un colegio confesional católico, donde de acuerdo con un ideario por ti aceptado son educados en consecuencia con una fe y unos compromisos, y luego en tu hogar vivir al margen de esos compromisos y esa fe.

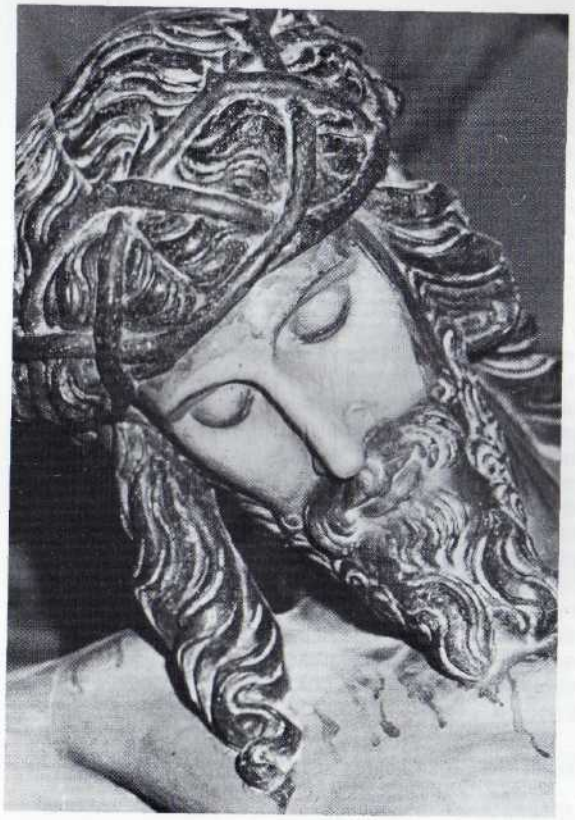
Es tan fácil, hoy, autoconvencerse de que, por los obligados cambios y reformas, la Ley de Dios ya no está tan de actualidad, ni es lo que era, ni obliga apenas, y eludir así su cumplimiento en actos individuales, familiares o comunitarios.

Es tan fácil aducir ignorancias a la hora de dar tu apoyo a opciones electorales que encierran en sí proyectos contra la vida prometiendo una vida mejor, o contra la libertad prometiendo gestión de libertades.

Es tan fácil aducir ignorancias, aun sabiendo que son culpables, y tratar de eludir así responsabilidades.

La primera palabra del Crucificado es de perdón. Su gesto redentor consiste en morir haciéndose responsable de todos nuestros actos irresponsables. Juan Pablo II invitaba en Toledo a todos los cristianos a **«asumir con coherencia y vigor su dignidad y responsabilidad. El Papa,** decía, **confía en los seglares españoles, y espera grandes cosas de todos ellos para gloria de Dios y para el servicio del hombre. La vocación es esencialmente apostólica; sólo en esta dimensión de servicio al Evangelio el cristiano encontrará la plenitud de su dignidad y responsabilidad».**

—¡Perdónanos, Señor!, que no sabíamos lo que hacíamos.
Y sigue perdonándonos, Dios Crucificado, que seguimos sin saberlo.
Clava nuestros cuerpos con la luz de tu verdad.
Queremos saber, Señor.
Sigue hablándonos desde tu púlpito de la hora postrera.



Cristo de Ibero, de Pablo de Aguirre (s. XVII).

Segunda palabra

«Te lo aseguro: Hoy estarás conmigo en el paraíso»

(Lucas, 23, 43)

A los dos lados de Jesús mueren, crucificados como El, dos ladrones. Dimas y Gestas ha dado en llamarlos la tradición. También ellos se unen a los insultos que los jefes del pueblo, y el pueblo mismo, dirigen a Jesús. Uno de ellos, movido sin duda por un rayo de la gracia y por la visión cercana de Cristo paciente, cambia los insultos en oración suplicante: **«Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino».**

Jesús, que a nadie ha respondido, vuelta hacia él su cabeza atormentada, le dice: **«Hoy estarás conmigo en el paraíso».**

¿Qué sabemos de ese «buen ladrón»? ¿Qué ha sido su corretear por los caminos de Palestina? Nada, en absoluto. Simplemente, que es ladrón o malhechor; hombre, de todas formas, fuera de la ley. Es un pecador. A los ojos de los hombres ha pecado gravemente. Ha quitado a los ricos un poco de su riqueza, quizás ha robado también a los pobres. Pero Jesús ha tenido por los pecadores una parcialidad solamente comparable con su amor a los pobres, a los que sufren, a los abandonados por el resto de los hombres.

El, que muere en la Cruz, ¿no ha venido a este suelo, ciertamente, para conducir a la oveja perdida al calor tibio del aprisco, para dibujarnos los rasgos del Padre que perdona al hijo pródigo, para enseñarnos que hay que perdonar, no setenta, sino setenta veces siete, para exhortarnos a la reconciliación con el hermano antes de hacer nuestra oración en el altar? ¿No nos ha enseñado Jesús a perdonar, perdonando a Zaqueo, y a la mujer adúltera y a la Magdalena? ¿No ha dicho claramente: «no necesitan médico los sanos sino los enfermos», «no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se arrepientan»? ¿No es Cristo el mismo que nos ha enseñado a pedir perdón a nuestro Padre Celestial, una vez que hemos perdonado al hermano?

«Acuérdate de mí cuando estés en tu reino».

Un rayo de verdad ha iluminado la mirada del «buen» ladrón. Parece intuir que Aquel que muere junto a él es el Señor del Perdón.

«Hoy estarás conmigo en mi gloria».

Cristo perdona; le ha bastado un simple gesto de arrepentida confianza en los labios del ajusticiado, para prometerle el paraíso, el reino, la gloria. Esa misma gloria de la que él, Jesús, partió hace treinta y tres años y a la que va a volver apenas dentro de unos minutos, la promete y la da al ladrón arrepentido.

—¿Se os ha ocurrido pensar que aquí, ante la Cruz, asistimos a un abrazo originalmente creativo? El abrazo de dos crucificados que se disponen a entrar de la mano en el paraíso, uno como triunfante redentor, otro a su sombra como redimido. Los clavos no van a ser obstáculo, ni las llagas, ni su condición de ajusticiados, ni su atormentada agonía.

Escena de perdón y de gloria.

— — — —

Tantas veces la hemos vivido en nosotros mismos, que apenas nos impresiona. Cada vez que nos acercamos a recibir el perdón en el abrazo sacramental con el Padre, nos introducimos en la serenidad del Reino.

Nos lo recuerda, y pide su práctica con ahínco, Juan Pablo II en la Bula con que anunció la celebración del Año Santo de la Redención, al decirnos: **«La práctica de la confesión sacramental es un acto de fe en el misterio de la Redención y de su realización en la Iglesia. La celebración de la penitencia sacramental es siempre, en efecto, un acto de la Iglesia con el cual ella proclama su fe, da gracias a Dios por la libertad con que Cristo nos ha liberado, ofrece su**

vida como sacrificio espiritual en alabanza de la gloria de Dios y entre tanto acelera el paso hacia Cristo el Señor».

Paso hacia Cristo, que el mismo Papa Wojtyla centra en una **«llamada universal a la conversión, actuada por la vía sacramental y manifestada en las múltiples formas de caridad y de servicio a los hermanos».**

Cada vez que nos fundimos con el hermano en abrazo de perdón, abrimos para él y para nosotros un rayo de gloria. Todos sabemos que a recibir el perdón estamos siempre dispuestos; pero a perdonar...

Y sin embargo, la Iglesia es sacramento de perdón y de reconciliación. Si bien el sacramento del perdón es administrado por el sacerdote, que participa así, una vez más, del sacerdocio del obispo, el perdón como atributo testimonial es propio de la Iglesia toda, que se presenta ante el siglo como signo de reconciliación del mundo con su Creador. Efectivamente, ella, fiel al Cristo de la Cruz que ahora contemplamos en su agonía, camina en fidelidad a Dios rompienso las barreras construidas por el pecado del mundo y restableciendo las ligaduras concretas y verdaderas de solidaridad que devuelven a la humanidad su auténtico rostro de gloria, su real carácter del Reino, a imagen y semejanza de Dios; imagen solidaria, arruinada y hecha pedazos por el pecado de egoísmo, de avaricia, de soberbia.

La Iglesia imagen del perdón en el mundo. Perdonar significa, ante todo, tener capacidad de acogida, y de quererse bien; estar libres de prejuicios, de sectarismos, libres de actitudes juzgadoras y condenatorias; estar auténticamente abiertos a la verdadera liberación.

Imagen del perdón somos nosotros, miembros de la Iglesia, y signos de reconciliación. Y no solamente de reconciliación con quien nos ha ofendido; que existe otra manera mucho más fina, sugerente y necesaria de conjugar el verbo reconciliar en éste nuestro mundo. Vivimos en una sociedad plural, enriquecida en un legítimo pluralismo abierto a distintas opciones válidas de tipo cultural, económico, político, e incluso de compromiso eclesial. Tantas veces nuestras diversas actitudes cristianas hacen que nosotros los cristianos aparezcamos divididos, sin tener en cuenta que nuestras vidas están señaladas por la sombra alargada del Cristo muriendo en la Cruz...

Hacer la reconciliación y vivir reconciliados los unidos por la misma fe.

¿Puede nuestra Iglesia navarra vivir rota en las miradas y en los corazones de sus cristianos, porque unos interpretan de manera distinta a la de otros la historia, la realidad presente y el futuro de su identidad dentro de la comunidad patria, cuando todos nuestros caminos se hallan presididos por la imagen del Crucificado en sus cruceros?

¿Pueden nuestros pueblos ver rota su convivencia porque existan en sus miembros diversas opciones y visiones políticas a la hora de llevar adelante la gestión municipal o concejil, cuando una es la pila de su bautismo, una la mesa de su eucaristía, una la cruz parroquial que les preside, uno el camposanto, madre tierra, que ha de acoger sus restos?

¿Pueden las familias cristianas de nuestra Navarra romper en pedazos de alejamiento los lazos de su amor, cuando lo juraron de por vida, cuando lo consagraron en un único sacramento, cuando dijeron querer actualizarlo cada hora al poner la imagen del Crucificado a la cabecera de su tálamo nupcial y en los pechos tiernos de sus hijos?

Iglesia del Perdón y hombres, los suyos, de reconciliación testimonial. Esto necesita nuestro siglo. El Reino de Dios lo hacemos presente ya en nuestra sociedad cristiana unida.

¡Entra conmigo en mi Reino!, digamos al mundo.

«Hoy estarás conmigo en mi gloria».

El buen ladrón murió ladrón, porque al fin robó el paraíso.

Robemos al mundo su reino y entronicemos el nuestro, unidos en Cristo Crucificado.

«Cristo de la siembra», de Juan de Biniés. Murchante (s. XVII).

Tercera palabra

«Mujer, ése es tu Hijo». Y luego al discípulo: «Esa es tu Madre».

(Juan, 19, 26/7)

La respiración de Jesús se hace cada vez más lenta, profunda y trabajosa. Su pecho se ensancha, con esfuerzo, para recibir un poco más de aire; la fiebre ardorosa de los crucificados le quema el cuerpo cosido al madero, su cuerpo convertido en hoguera de dolor en la que comienzan ya a arder y purificarse todas las penas del mundo. En pleno mediodía, el sol se oscurece y las tinieblas se extienden cubriendo todos los alrededores. Muchos curiosos, atemorizados, huyen presurosos del monte a sus casas de los barrios angostos de Jerusalén.

Quedan algo solitarios los alrededores de la Cruz. Saborea Jesús el terrible abandono. Todos están lejos de él. Pero un grupo especial y reducido que estaba lejano se acerca ante su presencia. Son el discípulo Juan y algunas mujeres, entre ellas la Madre de Jesús.

Ahí está, María Dolorosa, a los pies del Crucificado. No sólo es la Madre que sufre los dolores y la muerte del Hijo; es la Madre del Redentor, que asiste consciente y voluntaria al gran sacrificio de nuestra reconciliación; es la Madre del Sacerdote que ofrece, generosa, la víctima que ella misma dio a luz y alimentó y preparó cuidadosamente; es María, la Virgen, que se dispone a sufrir los dolores de una maternidad nueva.

En Adán por Eva, todos pecamos y morimos; en Jesús, por María, todos somos santificados y vivimos. María está de pie junto a la Cruz de Jesús. **«¡Oh, vosotros los que pasais por el camino, atended y mirad si hay dolor comparable a mi dolor!».** De pie está la mujer fuerte, mientras los hombres han huido.

Quiere Jesús ligar a María a su obra redentora. Abre sus ojos, los fija en su Madre y en Juan, su discípulo amado, y les dice la palabra de hijo y hermano que abre las puertas a una nueva maternidad y a una nueva hermandad.

El relato sobrio del Evangelio, nos coloca ante Jesús Crucificado y ante su Madre, para que penetremos en el misterio. Con nuestro corazón en el corazón del Crucificado, pongamos nuestros ojos en la Madre Dolorosa al pie de la Cruz. María, comulgando en los sufrimientos de Jesús, participa en los sentimientos de su Hijo como sólo una madre puede hacerlo.

Toda la vida de María-Madre se ha desarrollado en la perspectiva dolorosa de esta hora. La profecía de Simeón, **«Una espada te atravesará...»,** delineó gran parte del cuadro espiritual en que vivió su alma, constituyendo el telón de fondo en el que quedan inscritas las **«cosas de su Padre»,** escuchadas de labios del Jesús de doce años ante los doctores del Templo, y que ella guarda meditándolas en su corazón.

En Caná, María-Madre sintió cómo los lazos del cariño humano cedían ante las exigencias de la misión profética. Varias veces ha repetido Jesús su afirmación de que por encima de los lazos de la familia están los del cumplimiento de la misión del Padre. María-Madre lo ha entendido, lo ha asimilado, ha callado.

En este momento trágico de la Cruz recibe su recompensa, o, más bien, la realidad de su nueva maternidad. En la Anunciación concibió a su Hijo-Dios, a quien dió a luz en Belén. Y en El nos concibe a todos como hijos, hermanos de su Hijo, para darnos a luz en parto doloroso a la sombra de la Cruz, donde María aparece como Madre de la humanidad nueva. En esta hora del dolor más grande, le habría sido muy fácil a María replegarse sobre sí misma, guardar su dolor para ella sóla y su amor tan sólo para su Hijo Jesús sufriente. Es

precisamente en esta hora cuando Jesús le pide que abra las puertas de su amor al resto de los hermanos, desde ahora sus hijos. Le recuerda que su maternidad con respecto a él, debe ensancharse según las dimensiones de la Iglesia naciente, debe ser tan inmensa y universal como el Cuerpo Místico, que comienza a vivir precisamente cuando el suyo, humano, muere. Su maternidad inaugurada en Nazareth, continúa a través de toda la historia de la salvación.

Amando a Jesús en la Cruz, María aprendió a amarnos; mirándole aprendió a mirarnos. En Juan, su hijo nuevo, estamos representados. Fruto sabroso de la Cruz, María es nuestra Madre.

—Mujer, Madre, Señora, María... Ante tu Hijo que muere, estamos contigo tus hijos todos de esta Navarra mariana. Los que te llamamos Codés, Villar, Soto, Romero, Olmo, cuando te miramos y rezamos desde el Ebro. Los que acudimos penitentes a tu trono de Ujué para decirte, en mil diálogos cantados y rezados, ¡Madre Nuestra! Los que en Roncesvalles, Idoya, Muskilda y Arburúa te decimos ¡Señora! mientras recogemos la herencia de la cruz recibida de nuestros mayores. Los que te acariciamos como Camino, Maravillas, Rocaforte, Puy, Jerusalén, y te aclamamos María la Real en este recinto de historia reciamente vivida. Los que acompañamos tu «traslado» desde San Lorenzo para que recibas nuestra veneración cuando te encuentres, Dolorosa, ante el Cristo del Trascoro. Los que repetimos mil veces tu nombre —Santa María— en el rezo del rosario parroquial y en las plegarias familiares, o cantamos tus grandezas en procesión diaria, alrededor de estas naves catedralicias, reconociéndonos tus esclavos.

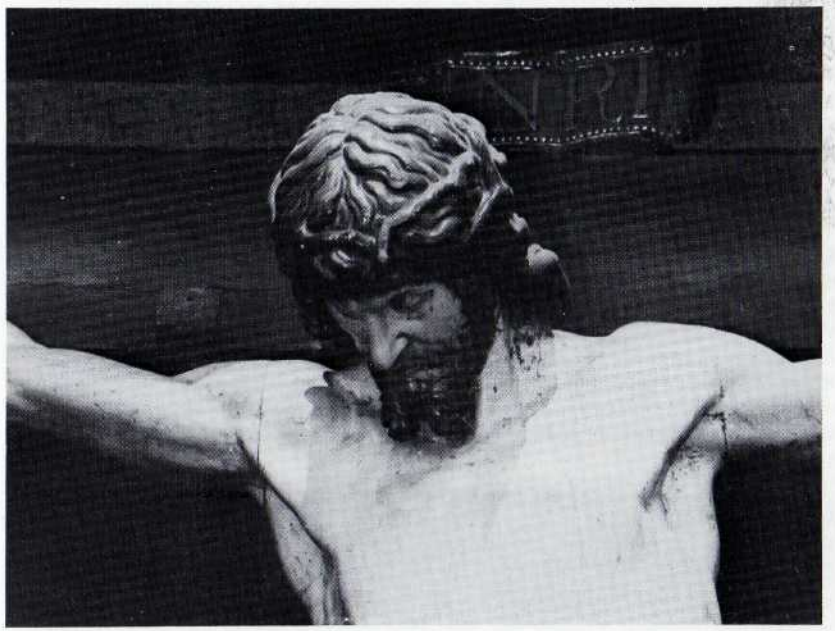
Mira, Señora, a nuestro pueblo, cuando dentro de unas horas pases por nuestras calles —Madre de la Soledad— en visita entrañable y sabida, mientras acompañas en oración procesional el «Santo Entierro» de tu Hijo.

Desde la Cruz somos tus hijos, como eres nuestra Madre desde el momento mismo de la Cruz. Muéstrate, Señora del dolor, como Reina de nuestra alegría en nuestras cruces de cada hora.

¡Ahí estás tú, nuestra Madre! ¡Estamos aquí contigo tus hijos, Madre y Señora nuestra!

Tu Hijo se nos muere, Señora. Pero no quedas sóla. Nuestras manos te reciben. Ven a nuestras casas, penetra en nuestras familias, cuida de nuestros niños, protege a nuestros jóvenes, da fortaleza a nuestros padres, consuelo a nuestros ancianos y paz a nuestros muertos.

Te recibimos en nosotros mismos, Señora. Mañana amanecerás a la luz nueva de nuestra mano, para estrenar la gloria de la Pascua a nuestro lado, ¡Señora y Madre nuestra!



Cristo de Santa María de Tafalla, de Juan de Ancheta (s. XVI)

Cuarta palabra

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

(Mateo, 27, 46)

Si Cristo es el primer actor en el drama del Calvario con su sufrimiento y muerte redentoras, el Padre parece el gran ausente en la agonía de su Hijo. Mejor dicho, es el actor igualmente principal que dirige los hilos de la historia desde su providencia inescrutable. El es el que no ha perdonado a su propio Hijo, sino que lo ha entregado a la muerte en favor de todos nosotros, en nuestro beneficio.

Hay cosas que no se entienden. Si no se ven, o si no se cree en ellas, son difíciles de admitir. ¿Es posible que el Padre entregue a su Hijo a la muerte de Cruz, y por añadidura lo abandone? ¿Puede ser realidad ese gemido amargo de Jesús: **«¿por qué me has abandonado?»**. Lo es. Y el Padre calla ante la llamada del Hijo, calla durante su muerte. El abandono es constatable. El calla, siendo su silencio signo de respeto hacia la libertad que ha otorgado a los hombres para que maten, y a su propio Hijo para que cumpla su destino. El abandono de Dios tiene aquí, al escuchar la voz de Cristo que clama desde su soledad, un signo netamente positivo.

Dios calla porque deja al hombre libre, porque lo ama en la historia de su libertad. Quien mata a su Hijo, que lo haga libremente, aunque no sepa por qué lo hace; el Hijo que muere lo hace en decisión libre y redentora.

Y este respeto a la libertad que él mismo ha creado y a la que es fiel, suena a silencio y a abandono. La queja de Cristo ante la muerte es real, angustiosa, solitaria. Hasta su Padre le abandona. Pero no es protesta, la suya. Es aceptación libre del mismo abandono, es clamor de que muere como hombre siendo Dios, de la misma manera que siendo Dios nació libremente hecho hombre de una Virgen.

Jesús muere libre, y quizás por éso sufre el abandono de Dios, junto al abandono de tantas cosas como ha iniciado. ¿Ha sido un fracaso su vida?; la misma duda le hace sentirse abandonado. Ha querido llevar a su pueblo a la tierra de la santidad, a la fraternidad de los hombres en el amor y en la justicia, al valle de la pureza del corazón y de la creación limpia donde los lirios y los pájaros son símbolo del cuidado del Padre. Ha llamado con su palabra y su persona a un mundo nuevo, donde los hombres vivan como hijos de Dios y como hermanos entre sí.

Pero esta llamada de nuestro Crucificado cayó en un mundo, el de siempre, en cuya vida se entremezclan libertad y destino, atrevimiento y miedo, generosidad y egoísmo, pobres que tienen necesidad y ricos que tienen mucho que perder, hombres que esperan y hombres que temen cualquier cambio, luz y tinieblas, ligereza de espíritu y dureza de vida. Así, Jesús ha sido, y sigue siendo, signo de contradicción: evangelio para los pobres y escándalo para los ricos. Pobre y rico son realidades de carne y hueso, y al mismo tiempo símbolo del que se abre al Reino y del que se cierra a él en su autosuficiencia y en su autoesclavitud. El que no ha sido capaz de ponerse, en su libertad y en su gracia, del lado de Dios, no ha podido creer en Jesús.

Fácilmente los celadores de la ley se han endurecido y han terminado siendo capaces de lo peor. Fácilmente Jesús sufre en estos momentos el abandono de su Padre, quien parece incluso negarle el reconocimiento de su obra.

Pero... Dios no abandona a Jesús; lo deja libre y sólo para que agote el sentimiento de desamparo absoluto, como libre lo dejó en vida para que cumplimentara su misión.

Como libre deja a la humanidad para que cumpla con su misión sobre la gran cruz de la tierra. Los humanos, que podemos gritar como Jesús, ante la aparente ausencia de Dios: «¿por qué nos has abandonado?».

—¿Por qué dejas, Señor, que millones de hermanos nuestros mueran de hambre sobre la cruz de la miseria, ante la indiferencia de los grandes y la impotencia de los que nos llamamos hermanos de tu Cristo? ¿Por qué consientes, Señor, tú que dejaste la creación para que fuese perfeccionada por el trabajo del hombre, que el paro se extienda entre nosotros como balsa angustiosa impidiendo que la fuerza del hermano hombre se desarrolle en el trabajo al que tiene derecho? ¿Es posible, Señor, que mires desde tu ausencia cómo tu Cristo sigue siendo crucificado en la sangre del hermano hombre que es aniquilado en la guerra egoísta, en el atentado asesino, o cobardemente en el seno materno antes de nacer? ¿Puedes, Señor, mantenerte oculto cuando la Cruz de tu Cristo es borrada de nuestro pueblo por la inmoralidad que nos invade, por la injusticia que nos muerde, por el materialismo que nos ahoga?

Bien sabemos, Señor, que somos libres en nuestros destinos; que el mal es fruto de nuestra libertad mal empleada; que el pecado nace de la cobardía con que empleamos nuestras libertades. Pero aquí, ante tu Hijo que gasta sus últimos alientos en provecho de nuestra salvación, deja que brote de tu humanidad rota el grito del Crucificado:

«¡Señor, Señor!, ¿Por qué nos abandonas?».

— — — — —

Pero es que el abandono de Dios, no es tal. Existe nuestra ignorancia, nuestro alejamiento, nuestra inversión de valores. No podemos empeñarnos en ver a Dios ausente de la Cruz, sino presente en la obra que de ella emana, con presencia de amor. Y ésto hay que descubrirlo.

Es cierto que en el mundo existe mucho mal, mucha cruz. Pero cuando nos encontramos con la realidad de la cruz asumida libre y gratuitamente por otro hombre nos sentimos provocados en lo más profundo de nuestro ser. El impacto de Teresa de Calcuta, la sacudida provocada por Oscar Arnulfo Romero asesinado en su última eucaristía, la entrega generosa de la monja carmelita que dona su vida entera en oblación permanente y crucificada, la decisión del joven misionero entregado a la extensión del Reino y buscando el bien de los demás, la actitud de la madre de familia enriqueciendo su existencia en el cuidado sacrificado de sus hijos, la piel del padre surcada por el trabajo, los días escondidos de aquel cura que vive olvidado para que su feligresía siga rezando y tenga en su presencia un testimonio, una referencia y una llamada hacia la bondad, la donación entusiasta de tantos jóvenes y mayores para que la vida de los humanos sea, al menos, más humana.

¡También en el mundo existe el bien! Hace falta que se sepa.

—Señor Jesús, no llores el abandono de tu Padre. El nos ha hecho libres, y precisamente tú estás muriéndote para hacernos libres de verdad. Ayúdanos desde tu Cruz a ver al Padre presente en el mundo, a vivir enriqueciendo tu obra, a presentar nuestro talante cristiano de tal manera que arrastre a los hermanos, de tal manera que nadie abandone a Dios, ni se sienta por El abandonado.

Cristo de Villamayor de Monjardín (s. XII).

Quinta palabra

«Tengo sed»

(Juan, 19, 28)

Se acerca el fin. Todo está a punto, o casi todo. Pero Cristo aún palpita en su púlpito de la Cruz y nos regala con otra palabra, **«Tengo sed».** Es fácil correr como el soldado, mojar la esponja en vinagre, clavarla en la punta de la lanza y acercarla a sus labios. Cristo sufre sed auténtica, la sed del agonizante desangrado, la sed que rompe la lengua como teja reseca y agostada, la sed que abre los labios en surcos rasgados y tirantes, la que fuerza la laringe a gritar en un ronquido, la que embota la sangre y apaga la luz en la mirada. Cristo tiene sed.

—Escucha, amigo, y entiende su sed; sí, su sed de crucificado que es inseparable del deseo que tiene de cumplir toda la Escritura, como lo recuerda Juan; de acabar la obra de su Padre y de aparecer delante de su rostro después de haber agotado hasta la última gota del cáliz que le ha preparado.

Con frecuencia, Jesús, el Cristo, nos ha hablado de la sed de agua y de la sed de la Palabra, de la Palabra y del agua que calman la sed. Ha aliviado el hambre y la sed del pueblo que le ha seguido, se ha preocupado de suscitar la sed de agua viva que es él mismo, ha despertado esa sed en la Samaritana. Nos ha dicho machaconamente que la sed torturadora de la gehenna aguarda al que no reparó en el pobre sediento que yacía a su puerta, que la recompensa será para quien haya ofrecido un vaso de agua a uno de sus discípulos. Nos ha advertido que el agua jugará papel importante a la hora del juicio, cuando veamos claro que apagar la sed de Jesús consiste en apagar la sed del hermano. Nos ha urgido para que vivamos sedientos de Dios, sedientos de vida verdadera.

—No corras, amigo, a apagar la sed del Crucificado. Escucha y entiende.

El ha proclamado la Buena Nueva, poniendo como centro y seña de la misma las bienaventuranzas. Y entre ellas nos ha enseñado: ***«dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ésos van a ser saciados».***

Dichoso el Crucificado que muere de sed de cumplir con la justicia de Dios hasta el final, porque en el mismo cumplimiento, dentro de unos instantes, va ver saciada su sed. El se ha ofrecido para saciar la nuestra: **«Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba. Quien cree en mí tendrá manantial de agua viva que brotará de su corazón».** Del agua que calma la sed ha hablado a Nicodemo: **«teneis que nacer de nuevo. Quien no renace del agua no puede entrar en el Reino».**

Bienaventurados los que tienen sed de justicia, de cumplir como el Crucificado hasta el último aliento la voluntad del Padre, porque ellos verán su sed saciada.

Jesús ha sido el primer bienaventurado del Reino y el primero y principal heraldo de las bienaventuranzas del orden nuevo. El vino a dibujar la ruta hacia la felicidad valedera, el camino de la alegría. Los hombres hemos ido creando nuestros propios códigos, hasta clavarlos en la voluntad humana orientándola hacia una pobre felicidad; hemos ido colocando carteles indicadores en nuestro camino: «Dichosos los ricos», «dichosos los poderosos», «dichosos los que no tienen escrúpulos para avasallar, aplastar a los demás», «dichosos los que pueden adquirir todo lo que quieren, tierras, oro, casas y... hasta hombres»; «dichosos los que pueden vivir solamente para el placer y no se ven obligados a asumir el deber», «dichosos los que siempre triunfan, a costa de lo que sea, y son admirados, y son imitados, y son aplaudidos».

Jesús, el Crucificado, el bienaventurado del orden nuevo que al morir clama **«tengo sed»**, y cumple así con la bienaventuranza del sediento, nos marca una dirección, mientras nuestro mundo nos dibuja la contraria. ¿A quién creeremos?, ¿a quién hemos creído?

—No, no cojas la esponja y corras a aliviar con la humedad fácil del líquido vinagre sus labios resecos. El te dice que debes tener sed, que serás bienaventurado si tienes sed.

Sí, sed de justicia. Sed de hacer lo que está en tu mano para que el hombre no se ría del hombre, para que el hombre no estruje al hombre, para que el hermano hombre no muera de hambre.

Sed de cumplir la voluntad del Padre. Sed de oración... que ante el Crucificado no cabe sino dejar que los labios y el corazón se muevan acordes con él. Y lanzar nuestra mirada para que nuestros ojos se empapen de él, y lo lleven a nuestra vida, a nuestras horas. Y rezar mirándole para calmar su sed y nuestra sed. Sí, rezar con la oración aprendida de nuestra madre, volver al rosario dicho en familia, y a la bendición de la mesa, a la visita a la ermita y al atardecer del templo. Y descubrir la oración silenciosa de la contemplación mirando al Crucificado.

Es necesario rezar, saciar así nuestra sed de Dios. Rezar como ahora, cuando la plenitud del tiempo se aproxima con Cristo muriendo de sed en la Cruz.

Rezar, como nos recomendaba Juan Pablo en Loyola: **«en un mundo donde peligra la aspiración a la trascendencia, hacen falta quienes se detienen a orar; quienes acogen a los orantes; quienes dan un complemento de espíritu a ese mundo; quienes se ponen cada día a la hora de Dios».**

«El pobre invoca y Dios le escucha». Nada de condiciones ni de alternativas ni de contrapartidas. Toda la Biblia atestigua que Dios escucha la oración de los humanos, apenas brota de sus labios sinceros. Dios está cercano a nosotros, se ocupa de nosotros, lee en nuestro interior. Tiene corazón de Padre y potencia poderosa de Dios.

¿Es extraño que tendamos hacia El nuestra palma de la mano para que la llene con sus dones? Es cierto que la seguridad que nos viene de la fe choca a menudo con dificultades. Dios parece, a veces, sordo a nuestras plegarias. Pero tengamos en cuenta que la oración del cristiano no va dirigida a forzar a Dios para que se incline ante nuestras peticiones, sino a hacer que nosotros nos convirtamos a la aceptación de su voluntad. Nos fiamos de El; no le pedimos que cambie su voluntad, sino que incruste la nuestra en la suya, para que se cumpla en nosotros. **«Padre,** decía Jesús ayer en Getsemaní, **si quieres, aparta de mí este cáliz; sin embargo, que no se haga mi voluntad, sino la tuya».**

¿Tiene, entonces, algún sentido la oración, el pedir a Dios? Sí. Hacer realidad nuestra absoluta necesidad de Dios. Tenemos que aprender en el «Padre nuestro», auténtico código de la oración, a ampliar los horizontes de nuestra plegaria: su nombre, su Reino, su voluntad.

Después, el pan, el perdón, el vencimiento de la tentación. Sólo así, nuestras necesidades se colocan en el contexto auténtico de la salvación. Somos pobres que invocamos y Dios nos escucha.

—Cristo, tienes sed. Queremos sentir esa misma sed. Danos sed, Señor, de cumplir la voluntad del Padre, hasta que, llegado el fin, él nos llame.

«Cristo del Sepulcro», de Torres del Río (s. XIII).

Sexta palabra

«Queda terminado»

(Juan, 19, 30)

*—Dices Cristo Crucificado: «**Todo ha terminado**». Y te dispones a entregar tu espíritu con paz serena. Ya vislumbras desde lo profundo de tu muerte próxima y liberadora el rostro del Padre que se dispone a recibirte. Todo ha terminado, sí, en tu caminar humano por suelo palestino, el hablar con tus gentes herederas de la promesa, el promulgar la Nueva Ley, el decir hasta el cansancio palabras de salvación jamás hasta ti escuchadas.*

Todo ha terminado para tus manos ahora yertas, para tus pies contraídos, para tu frente serena, para tus ojos de misericordia, para tus labios de hombre-Dios ahora entumecidos. Todo ha terminado para tu corazón gastado de amar: amor en Naim ante la viuda llorosa por su hijo, amor al paralítico de la piscina Probática, amor a los leprosos, al sordomudo de la Decápolis, a la hija de la cananea, amor a Lázaro, a Marta y María, amor a tu Madre bendita rota de amar al pie de tu Cruz. Todo ha terminado, sí, para tu corazón ahogado en mar de amor anoche ante los doce en el Cenáculo.

Todo ha terminado, dices. Y sabes que ahora comienza todo. Que tú, varón de dolores, vas a dar por concluida tu jornada humana para que dé inicio la nuestra, la de tu Iglesia naciendo de tu Cruz. De tu costado de nuevo Adán adormecido nace la nueva Eva; en el «resto santo» que rodea tu Cruz —tu Madre, Juan y las mujeres fieles— queda superado y culminado el viejo pueblo de Dios, para cobrar vida tu Cuerpo Místico en el que todos tus fieles vivimos vida nueva. Y es tu cuerpo el que queda en pie; tu cuerpo, nosotros mismos que hemos nacido a tu intimidad, como Iglesia, al pie de tu Cruz.

No ha terminado todo, pues todo continúa. Tu obra salvadora y liberadora se hace presencia permanente en la historia a través de tus seguidores que continuamos haciéndola día a día.

No, no ha terminado todo, Cristo hermano.

Tampoco terminó nuestra historia de pueblo cuando nuestros antepasados vencieron al invasor en los riscos verdes de Roncesvalles, ni cuando el Rey Fuerte conquistara para nuestro escudo las cadenas que protegían la tienda del moro; ni cuando el Rey Noble, aquí mismo sepultado, unificara los burgos de esta ciudad, rota hasta entonces por rencillas y banderías fraternas; ni cuando el Maestro de la Catedral de Tudela esculpiera el último relieve de su portada románica; ni al quedar consolidada la arquería de la cripta de Leyre, sobre la que siglos monacales fueron enriqueciendo nuestra historia; ni al concluirse el detalle gótico final de esta Sede de Pamplona.

No quedó concluida nuestra historia con la última labra esmaltada del retablo de Aralar, ni en la imagen más diminuta con que Juan de Ancheta concluyera su retablo de Tafalla.

No queda concluida nuestra historia cuando, temblando, cerramos los ojos de nuestra madre, apenas, vencida por los años, abandona su espíritu nuestra compañía; o cuando el viejo cura rural rinde su vida de servicio a la Iglesia, a la sombra del mismo campanario que ha cantado sus ilusiones y llorado sus tristezas.

Tampoco se cerró la trayectoria de nuestro pueblo, cuando el mayor de los nuestros, Francisco de Javier, doblara hacia el suelo su caminar fecundo por los anchos mares en la isla solitaria de Sancián.

También ellos, como Jesús en estos momentos, pudieron decir: **«Todo está terminado»**. Pero no, con sus gestas grandes, o con su vida sencilla, fueron marcando el camino a un pueblo que tiene sus raíces fundamentales enroscadas en la fe nacida de la Cruz que es pascua y resurrección y, como tal, canal de agua viva. Señalaron el caminar de un pueblo que hoy tiene que escuchar atónito y estremecido en el corazón mismo del primero de sus municipios: «¡¡¡Cristo, no; bandera, sí». Quitadnos el Cristo, molesta su figura!!! *.

*—**Hasta aquí hemos llegado, Señor, con nuestra historia a cuestas. Menos mal, pensamos, que es una minoría obcecada en carreras callejeras, que busca libertades fáciles, la que exige tu desaparición de la presidencia de nuestras instituciones. Que tu pueblo no es así. Te queremos, Señor, y queremos tu Cruz.***

No saben los que eso gritaron, que tu símbolo de sacrificio redentor preside desde siempre nuestros caminos rurales y nuestros montes en forma de cruceros sencillos y entrañables, como el de Ororbia, el de Cisa, el de Aramendía, o el mismo junto al puente de la Rochapea; no saben de la devoción secular de nuestros fieles que han ido desgastando los pies de las imágenes parroguiales con sus labios fervorosos, hasta hacer necesarias fundas de plata que las protegieran; no saben del Cristo de Cataláin, o del Santo Cristo del Perdón de Aibar, ni del de Javier, ni del de Piedramillera, ignoran al Cristo de la siembra de Murchante, al de Burdondogui, al de Torres del Río y al de Villamayor de Monjardín. Ignoran que la tradición mueve todos los años a nuestros campesinos a bendecir pequeñas cruces de palo en la fiesta de San Pedro Mártir, para enterrarlas en sus campos y proteger la sementera que asoma ya sus primeros brotes. No saben que nuestro Fuero General, en el frontispicio de su primera ley dice: **«En el nombre de Jesucristo, que es y será nuestra salvación»**.

Pero a pesar de su ignorancia, su grito insultante —¡Cristo no!— ha clavado nueva espada en el corazón de nuestra Madre de la Soledad, tan querida imagen del pueblo y propiedad del mismo Ayuntamiento en cuyo salón de sesiones se pide la desaparición de la Cruz, con el Cristo Crucificado.

Lo dijeron, Señor, sin saberlo.

Pero nosotros lo sabemos y podemos gritar también: ¡Cristo, sí; hoy, aquí y en todas partes!

*¿Ves, Señor, cómo no podemos decir contigo: «**Todo está terminado**»?*

*¿No eres tú mismo el que nos ha dicho: «**¿vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo?**»*

*Juan Pablo, en Toledo, tras marcarnos nuestra tarea en el campo del trabajo, de la política y de la cultura, nos gritó a todos «**¡Sois Iglesia!**». Ello nos trae aquí tu grito final; pero todo continúa para nosotros, en la Iglesia, prolongación y presencia tuya en el mundo.*

De ti fluye constantemente su vida, nuestra vida. Tu obra continúa a través de nuestro quehacer diario. Tu periplo humano de salvación ha concluido. Nace el quehacer de tu Cuerpo Místico, nuestro quehacer.

Descansa en paz, Señor. Has cumplido como bueno.

Descansa, que la continuidad de tu obra queda en buenas manos.

---

* La prensa local del día 11 de marzo publicaba, en la reseña que presentaba del Pleno del Ayuntamiento de Pamplona del día anterior, la siguiente noticia: «Un grupo de mujeres empezaron a corear slogans en castellano y euskera... y también, aludiendo al crucifijo que preside la sala plenaria: Ikurriña bai, Cristo ez».

«Cristo Crucificado», capitel románico Catedral de Pamplona, Museo de Navarra (s. XII).

Séptima palabra

«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»

(Lucas, 23, 46)

—En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu, has dicho. Has inclinado tu cabeza, y has expirado.

Devolviendo tu espíritu al Padre. Así triunfas, Señor y Cristo nuestro. Depositando en el seno del Padre aquel espíritu divino que saliera de sus manos para asentarse y recibir carne en el seno de tu madre y virgen llamada María, según promesa hecha en la aurora del Génesis, cumplida en un atardecer de Nazareth, y proyectada en sus consecuencias redentoras hasta este mediodía agobiado de tinieblas y misterios del Calvario.

Así triunfa Jesús, el Cristo. «Todo está cumplido», ha podido susurrarle el Padre hace unos instantes antes de confiarle su espíritu.

El Padre quiso que naciera de una virgen en una cueva: lo ha cumplido. Quiso que trabajara con su custodio José aprendiendo el oficio de carpintero: lo ha cumplido. Quiso que anunciase al pobre la justicia, al pecador el perdón, al muerto la resurrección, al oprimido la liberación, el compromiso al apóstol y al niño la alegría: lo ha cumplido. Quiso el Padre que nos dejase, regalo de amor, su presencia permanente en la Eucaristía para rehacer de nuevo cada día su muerte en la Cruz: lo ha cumplido. Quiso el Padre que la pasión fuese larga, humillante, sangrienta; que la Cruz fuese lecho de sus miembros traspasados y púlpito de sus últimas palabras. Lo ha cumplido.

—Ahora Padre, toma en tus manos el alma del vencedor, y tenla en ti, palpitante de divinidad, hasta que en la aurora del domingo vuelva a ti el Crucificado, para recobrarla, vencida la muerte, en aleluya pascual de resurrección. Y déjanos, en silencio de Viernes Santo, contemplar el cuerpo exánime de tu Hijo en la Cruz, y empapar nuestro espíritu, imagen del que tú has recibido, en la realidad creadora de esa Cruz, patíbulo para Jesús, y signo de nuestra esperanza.

Cristo muerto en la Cruz, nos sugiere creatividad, posibilidad de realizarnos en la entrega de nuestra propia vida.

A nuestro lado tenemos la realidad de un humanismo egoísta, que proclama los valores del dominio sobre los hombres y las cosas. Cristo muerto en la Cruz me está diciendo que solamente el hombre debe ser dueño sobre sí mismo, y debe ser creador, en la medida en que se entrega, convirtiendo su vida en una especie de semilla que se esparce. Sólo quien pierde su vida, dándola a los demás, la realiza y recupera. Este misterio de creatividad nos sitúa, al pie de la Cruz, en el centro neurálgico de la experiencia cristiana, contra todos los que no afirman los valores mínimos del hombre frente al Estado o la sociedad, contra todos los que piensan que es inútil todo esfuerzo y toda entrega para lograr un mundo mejor, contra todos los que dicen que en la vida basta con conformarse y vivir sin más, dejando que las cosas sigan como están, sin participar en las legítimas lides políticas, sin luchar contra el mal que avasalla, sin gritar con postura valiente la decisión del propio testimonio, sin agruparse para defender los valores humanos y divinos.

Contra todos estos, el Crucificado valora y acentúa el sacrificio de la propia vida. No ha existido en toda la historia de los hombres un gesto más cargado de creatividad, un signo más poderosamente revolucionario y transformante, que la entrega generosa de Cristo en la Cruz creando el cielo nuevo y la tierra nueva, transformando la intimidad del hombre, dándole la posibilidad de ser el hombre nuevo.

Desde este Cristo que en la Cruz entrega su espíritu al Padre, entendemos las posibilidades transformadoras que con su sangre han saltado a nuestras

manos. Podemos hacer viable, con nuestro esfuerzo creador, el nuevo reino y la nueva sociedad. Podemos recrear en la tierra la presencia del hombre nuevo.

Frente al escapismo, conformismo o pasotismo de aquéllos que, del modo que fuere, convierten la experiencia religiosa en «opio» que les permite olvidar la injusticia, el hambre y la miseria de la tierra, diremos que nuestro Crucificado, en el momento de exhalar su espíritu ante el Padre, constituye precisamente la protesta más violenta y poderosa contra toda injusticia. No se muere en la Cruz por cobardía respecto de otros tipos, económicos o políticos, de transformación del mundo.

La Cruz, como sacrificio no violento del que muere porque busca la transformación de nuestra tierra, constituye el germen más violento de renovación que pueda darse en la historia de los hombres. Sólo quien afirme la posibilidad y sentido de un hombre renovado y renovador, podrá entregar la vida por aquello en lo que sueña y cree. Frente a cualquier tipo de proyectos, que pueden acabar en dictaduras del signo más variado, la entrega gratuita en la Cruz nos abre las puertas hacia el futuro de una humanidad nueva.

Es la Cruz signo, en cuyos brazos todas las líneas se entrecruzan. Signo que baja de Dios, como amor realizado en el encuentro, en la entrega, en la respuesta; signo de la plenitud de la creación, como totalidad abierta a todos los puntos cardinales. Pero sobre todo es signo de la historia que avanza, lentamente, a través del misterio del fracaso y de la muerte, hacia la irrupción inesperadamente esperada y sorprendentemente nueva en la gloria resucitada del Cristo Crucificado.

Quizás sea duro subir cada día los caminos pedregosos del Calvario. Quizás sea duro ser justos en un mundo injusto. Ser limpios en un mundo manchado, reír alegrías superiores en un mundo que malgasta compensaciones efímeras.

Es duro subir cada día la pendiente agreste del Calvario, estar cerca del que sufre, del marginado, del condenado por el mundo. Es duro arrodillarse ante la Cruz y reconocer, día a día, mis equivocaciones...

Pero mucho más duro es estar colgado, mordido por los clavos, ahí arriba, en la Cruz.

—En tí, Señor, ponemos nuestro espíritu.

— — — — — —

—Señor Jesús, muerto serenamente en la Cruz.

Hemos recibido tu testamento.

Tus palabras han ido calando en nuestro ser todo, con la misma lentitud pensativa con que las has ido pronunciado en tu agonía... lentamente... como va calando el agua la tierra en esta primera mañana abrileña de tu Viernes Santo.

En tus palabras de vida... a ti mismo recibimos en testamento, que la Palabra eres Tú, y en ti va identificada.

Que descienda, Señor, tu palabra sobre nuestra tierra. Nuestro corazón recio de cristianos viejos necesita nueva savia.

Que descienda, Señor, tu palabra sobre nuestra tierra, y que fructifique en cristianos nuevos.

Que tu Palabra, Señor, es bien acogida en esta nuestra Navarra de contrastes vivos y de generosidades repetidas.

Brotará con fuerza nueva, sembrada en nuestro suelo, allá arriba en la Montaña, donde el roble y el helecho y el irrintzi nos enriquecen en fortaleza; allá abajo en la Ribera, donde el regadío, la llanura y la jota, alimentan nuestra generosidad espontánea; brotará aquí, en la Cuenca, en su virtud aldeana, en sus ríos de meandros, en su señorío capitalino.

Venga a nosotros tu Palabra, Señor. Tus siete palabras. Todas tus palabras.

Las haremos fructificar en toda nuestra Navarra, en la que todos unidos vamos a crear una tierra nueva... cuyas luces ya apuntan, Señor muerto en la Cruz, en tu sepulcro de roca, con luz y con cantos de resurrección pascual.